

Cisneros, Antonio: *Crónica del Niño Jesús de Chilca*, México, Premiá editores, 1981. México.

En el primer poema de la *Crónica del Niño Jesús de Chilca* alguien desea recordar una calle que la arena devoró igual que a todo el poblado que surcaba. Quiere recordarla antes de que también la sepulte el olvido. Calle sin nombre, su sola mención convoca y succiona –como un agujero negro– rasgos fugaces de un tiempo acabado: la higuera del diablo, un pozo seco, una pampa de perros. Pero la nostalgia sólo le alcanza para restaurar el deterioro, pisar la misma botella rota que lo hirió de muchacho y ver otra vez los tractores amarillos de “la Urbanizadora” arrasando los predios de la memoria. Alguien también sin nombre quiere recordar una calle –“no sé ni para qué, declara– y no la configura; pero nos introduce por ella a un paraíso perdido.

Los paraísos no son nunca: siempre han sido. Preferentemente orientada a mostrar, con un humor corrosivo y un lenguaje original y certero, las contradicciones de la civilización que heredamos, la soledad y la alienación determinadas por una historia social y personal pervertida por el individualismo y la codicia, en la poesía de Cisneros nunca alentó ninguno. Entre las novedades que la *Crónica* incorpora a su obra poética, figura en primer término la visión de una sociedad ejemplar sobre la cual se edifica este ensayo de una épica de los pobres, sin héroes ni grandezas.

El reciente libro de Cisneros refiere –valiéndose de voces diversas que hablan de vivencias personales y colectivas– el tránsito de una comunidad desde la plenitud al descalabro. Esa comunidad reunía pescadores y agricultores en una Hermandad consagrada al Niño Jesús de Chilca y, “en medio del desierto costero del Perú, gozaba de un verdor extraordinario. Hasta hace medio siglo”, según se precisa en una nota introductoria. Tan insolita fecundidad en el arrenal era fruto de una doble alianza: una con Dios, otra con el ayllu de Huarochiri.

Además de sus tierras, la comunidad poseía salinas. La alianza con el ayllu consistía en proveerlo de sal a cambio del mantenimiento en buen uso de unos canales incaicos que traían agua de las alturas: trabajo, pues, por trabajo, un bien por otro en intercambio leal, alegre, equitativo: “Por ellos nos venían las lluvias de la sierra entre las lomas y así honraban al Niño./ Nosotros los honrábamos con sal. Dos cosechas de sal de las salinas./ Y es la primera en la fiesta de

Pallas, donde el mar es azul. La segunda/ en la fiesta de los Santos Difuntos, donde baja la niebla y el sol viaja”. Más que un trato comercial, un sacramento: “Era un casorio, bueno, con uva y chirimoya”.

La alianza divina encauzaba la vida en la fraternidad y la justicia. El gobierno era una tarea común, como el trabajo en las salinas, la pesca o la labranza, maneras todas de honrar a Dios: “Quién va a hacerse a la mar sin un palmo/ de esa arena morada, la de Chilca/ (también de Punta Negra). La arenilla del Niño./ Y nadie va a la siembra solo como un ladrón”. Si la vida es comunión, quien trabaja solo para sí, se excomulga. El trabajo aislado es un esfuerzo que se resta al hecho en común; él entraña el peligroso concepto del fruto individual, ese intento de legitimar el despojo.

Del mismo modo, el ejercicio del poder no debe ser solitario sino solidario. Por eso la casa de los comunes, donde “se gobiernan los destinos del agua y de todas las almas de este mundo” es un lugar de tan amplio: “alta como dos cristianos y más grande que tres ballenas muertas y estiradas”. En ella hay sitio para todos, “hombres y mujeres del valle y de la playa”, seres que “hablan por su boca” y no por delegados ni representantes. Allí caben todo porque no hay sitio para abstracciones ni despachos privados: “En la casa de los comunes cada asamblea es como una palmera./ Todos la pueden ver”.

He usado demasiadas palabras para lo que Cisneros dice en apenas un par de poemas. Quiero creer que más que la inhabilidad de mi prosa esto demuestra su capacidad inusual para comunicar contenidos complejos en unas cuantas imágenes sencillas y pulcras, para condensar ideas en simbolizaciones concretas que irradian su sentido por lo general a más de un centro (sensorial, emotivo, intelectual) de la sensibilidad del lector. Y necesitaría aún más palabras para terminar de exponer la utopía social de Cisneros, la primera que aloja su poesía.

Evocada por sus sobrevivientes, la edad dorada de la comunidad de Chilca fue más bien de un esplendor modesto: “No era maná del cielo pero había comida para todos y amor de Dios”. La religión, entretrejida con la vida cotidiana y sus quehaceres, no era un dogma maniqueo como en los puritanos, sino una vivencia gozosa y sana de la naturaleza: “Los plátanos de la Isla,/ el algodón, los membrillos/ las uvas de Borgoña,/ el girasol, las abejas,/ los muchachos, las muchachas/ haciéndose el amor/ entre los mai-

zales". Y aunque en la comunidad hay unos pocos "gentiles" – así dice una voz – "aquí todos somos de la Hermandad del Niño".

Desde el principio se le hace saber al lector que todo aquello ha desaparecido: que fue, como todo paraíso. Y es en evocar el proceso del deterioro donde el libro se demora. De un total de doce, siete poemas dan cuenta de esa desdicha. Un fenómeno natural es el origen del desastre: el mar invade la salinas y sus aguas, en vez de retirarse, se establecen allí "para tiempos/ y ni rezos ni llantos pudieron apartarlas de los campos de sal". Sin nada que dar a los arrieros de Huarochirí, los canales terminan "hundiéndose en la arena como una rata entre los matorrales" y los cultivos mueren.

"Los antiguos rodean el altar/ como a un lomo de res./ Nada celebran. Esperan un milagro", cuenta una muchachita que los mira con prevención: "¿Algún día seré cuervo que espera/ lluvias en el altar/ y un amante pasados los 50?". Las aguas prevalecen en las salinas sobre las oraciones y las lágrimas; la gente flaquea, desespera, y la comunidad se desmembra. Víctima de ese pecado mortal que es la desesperanza, el Niño muere con cada hombre o mujer que emigran. Y la Hermandad – que era un cuerpo de Dios porque en él alentaba su espíritu – se extingue. En adelante, cada quien vivirá desgajado, solo, para sí mismo: "A Mala iré, por fiar mangos verdes y maduros y una torre de plátanos. Después/ por mi negocio iré. Todo a Lima, compadre, a Lima iré./ El Niño está bien muerto. El aire apesta".

Tras la muerte de Dios el mal se enseñorea de esa tierra. Aparece la empresa privada donde antes todo era del común: "La Urbanizadora", ya mencionada, y la que, retirado otra vez el mar, explota las salinas con máquinas modernas ("unas grúas y unas torres que separan los ácidos del cloro") y las protege con perros que impiden acercarse a esa zona, ahora exclusiva: "Y yo salgo muy poco pero Luis – el hijo de Julián – me cuenta que los perros no dejan acercarse./ Si parece mentira./ Mala leche tuvieron los hijos de la sal./ Puta madre./ Qué de perros habrá para cuidar los blanquísimos campos donde el mar no termina y la tierra tampoco./ Qué de perros, Señor, qué oscuridad".

La *Crónica* se prolonga con unos epigramas atribuidos al maestro Anselmo Hurtado – tozudo sobreviviente de la Hermandad afincado aún en ese "yermo de yodo" donde antes hubo un pueblo – y con un par de poemas que dan cuenta del misarable destino de los "hijos de los hijos de la sal" fuera del paraíso.

Poesía que se puede narrar, lo hasta aquí anotado es la historia que el libro cuenta, y una manera de leerla. La primera persona predomina en el relato. En singular para componer, con testimonios personales parciales y diversos, una versión poliédrica del proceso exterior e interior de la Hermandad del Niño. En plural cuando se habla de lo que esa Hermandad fue en su plenitud. Sólo una vez, por excepción (en "Los canales enterrados"), habla una voz impersonal. Desde distintos tiempos y sin linealidad, los poemas estructuran una visión global, articulan un canto que el poeta compone con voces ajenas, acallando la propia. De este modo, y desde las enseñanzas de Pound, consigue hacer hablar a la historia.

La *Crónica* retoma un proyecto similar en lo básico al que motivó los *Comentarios Reales* casi 20 años atrás. En ese libro – más ambicioso que logrado – era el poeta quien hablaba y su visión la que se transmitía. La perspectiva era allí la de los marginados de la historia oficial, pero era el poeta quien les prestaba su voz. La *Crónica* es la pequeña historia de una comunidad efímera – ya no la grande del Perú –, pero son sus actores quienes la cuentan y sus voces – logro nada fácil cuando se trata de poesía – tienen genuinidad. La coherencia de un lenguaje y una imaginaria que se ciñen al mundo físico y cultural presumibles de quienes hablan en el libro y sobre la cual se funda la verdad de la obra, es una de sus virtudes evidentes. Virtud que tiene su contrapartida en una limitación que emana de ella: la modestia de un canto que se propone como producto de hombres y mujeres "del común".

La brillantez ganada por la poesía de Cisneros a partir del Canto ceremonial contra un oso hormiguero se depona aquí ante las exigencias de una poética orientada a expresar desde adentro un sector social determinado. Esta experiencia se incorpora a una corriente que, más allá del populismo de los iniciales años 70, cuenta con un poemario como *Los asesinos de la Última Hora*, de Mirko Lauer, notable expresión del universo de los migrantes que conforman la población marginal de Lima, y con la irregular pero muchas veces extraordinaria poesía que Cesáreo Martínez elabora desde la entraña misma de las vivencias de los explotados. Lauer y Martínez ensayan soluciones distintas entre sí y a la elegida por Cisneros, y esta variedad consolida una nueva vertiente de nuestra literatura, vertiente donde hasta ahora avanzaba con ventaja la narrativa. Para ella la *Crónica del Niño Jesús de Chilca* es, sin duda, un aporte valioso.

Abelardo Oquendo